

Adolfo Sánchez Vázquez

EL CONCEPTO DE ESENCIA HUMANA EN MARX

En los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, obra de juventud de Marx, se emplea una y otra vez el concepto de esencia del hombre o "esencia humana". ¿Qué alcance y validez tiene este concepto sobre todo si se tiene en cuenta la evolución ulterior del pensamiento de Marx en una obra de madurez como *El capital*? He ahí nuestra cuestión.

Cuando tratamos de aprehender su contenido en los *Manuscritos de 1844*, vemos que Marx encuentra la esencia humana en el trabajo, pero, a su vez, cuando se asoma a la realidad histórica y social, sólo ve esta esencia por su lado negativo, es decir, como esencia enajenada, ya que el trabajo de los hombres ha sido hasta ahora un trabajo enajenado. Resulta así que la esencia humana nunca se ha dado en la existencia del hombre y que, por tanto, a lo largo de toda su historia —hasta llegar a la forma superior de organización social en que los hombres logren reapropiársela— se halla divorciada de su existencia.

Esta concepción juvenil de Marx de las relaciones entre la esencia humana (el trabajo como actividad creadora, consciente y libre en la cual el hombre se afirma y reconoce) y la existencia social e histórica (el trabajo enajenado como actividad en la que el hombre no se reconoce y niega a sí mismo), entraña ya dos determinaciones fundamentales de la realidad humana: su carácter práctico y su carácter social, aunque esta actividad práctico-social se presente históricamente como la negación de la esencia misma. Pero aunque en forma enajenada el hombre es praxis e historia, y si una y otra son el ámbito de su negación, también son —a juicio de Marx— el ámbito de su conquista. En efecto, en el curso de la producción de un mundo humanizado —incluso en las condiciones del trabajo enajenado— surge la posibilidad histórica de "esencializar" la existencia humana y de realizar esta posibilidad. La existencia humana (enajenada) se desarrolla práctica, social e históricamente de tal manera, que marcha necesariamente hacia la unidad con su esencia.

Estas ideas del Marx de los *Manuscritos de 1844* no pueden considerarse como una variante más de la concepción tradicional, especulativa y metafísica, de la esencia humana, entendida ésta como algo inmutable, extraño e indiferente a la existencia histórica y social. Como acabamos de ver, esa esencia está llamada a realizarse y, por otro lado, es en la historia donde se engendra y se cumple la posibilidad de esa realización. Por esta inclusión de la historia en la negación y cumplimiento de ella, la esencia del hombre deja de ser —como en las concepciones especulativas del pasado— un ideal, norma o arquetipo al que se contraponen siempre la existencia real. Por ello, no puede identificarse con el concepto metafísico de esencia humana abstracta y universal que no deja lugar a su realización histórica y social. Sin embargo, esta concepción juvenil de Marx, aunque no se identifica con las concepciones metafísicas y especulativas anteriores —en virtud de haber puesto en relación la esencia del hombre con su historia y su praxis— no se

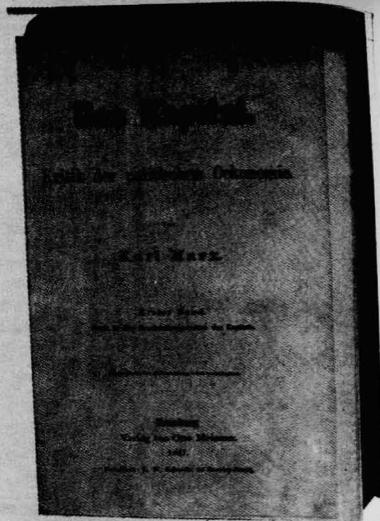
libera por completo de cierto lastre especulativo.

¿En qué consiste ese lastre especulativo? En admitir un modo esencial de ser hombre que no se da en su existencia; o sea, en considerar que la esencia humana no se ha dado ni se da efectivamente aunque sí se presenta como una posibilidad engendrada por la propia realidad histórica y social. Tenemos, pues, que el hombre concreto ha sido y es un hombre *sin* esencia, o también: un ser que no existe *esencialmente* como ser humano aunque produciendo con su trabajo un mundo humanizado y produciéndose —o autocreándose— a sí mismo como hombre marcha a través de la historia (de esa historia que contradice su esencia), hacia su verdadera realidad. De este modo, la esencia humana, divorciada de la existencia, y la historia como ámbito de su negación y realización, conservan aún un regusto especulativo. Con todo, tras esta concepción se abre paso una hipótesis que Marx tratará de fundamentar posteriormente, en la medida en que abandone ese residuo especulativo: el hombre hace su historia prácticamente, y en su historia y con su praxis se crea y produce a sí mismo.

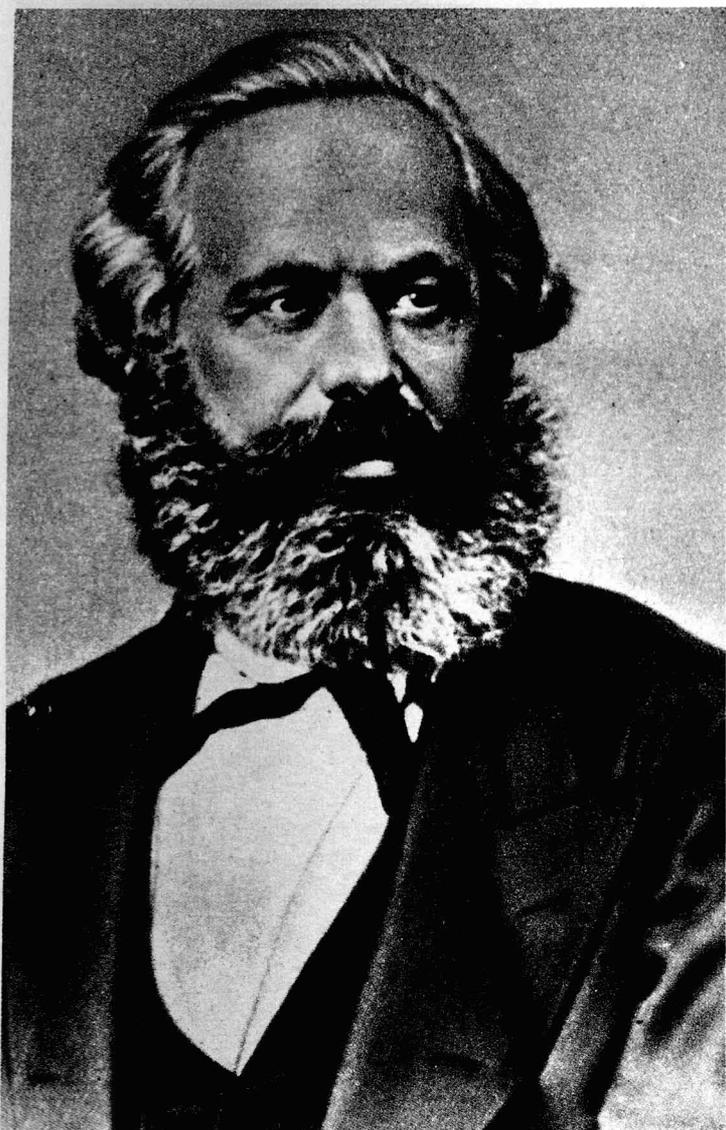
A partir de *La ideología alemana* (1845), Marx abandona la concepción del hombre de los *Manuscritos* como historia de su deshumanización y humanización, o de la negación y realización de su esencia. Ya no parte de una esencia del hombre para explicar la historia sino de hechos y realidades empíricas y comprobables: la producción y las relaciones reales que los hombres contraen en ella. Lo que el hombre es verdaderamente se descubre en el propio movimiento de lo real —en la existencia efectiva— y no en una esencia humana divorciada de ésta. Ya no se trata de lo que el Hombre es sino de lo que son los individuos reales en su vida concreta y en su historia. Ahora bien, si en lugar de partir de una esencia del Hombre, se parte de los individuos reales, de sus acciones prácticas y de sus condiciones materiales; si como dice Marx, los hombres no son algo aparte de lo que manifiestan —es decir, de su vida real y su historia—, y no cabe hablar —y él no habla ya— de una esencia humana divorciada de la existencia. El hombre se define, esencialmente, por su propia existencia, por la producción; desde que comienza a producir, está ya en la esfera de lo humano.

Marx establece claramente, desde *La ideología alemana*, esta relación esencial entre hombre y producción. Desde que produce, es decir, desde que transforma la naturaleza y con ello se crea a sí mismo, hay hombre y hay historia, pero no en contradicción con su esencia, sino historia en la que vive —empleando la terminología de los *Manuscritos*— conforme a su esencia: como ser productor, social.

Con *La ideología alemana*, Marx pisa con firmeza el terreno de la historia real y arroja por la borda la carga especulativa que aún pesaba en los *Manuscritos*: ni esencia humana indiferente a la vida social y a la historia (concepción metafísica y especulativa tradicional) ni esencia humana divorciada de la existencia pero realizable históricamente (tesis de los *Manu-*



críticos) sino esencia que sólo puede descubrirse en la existencia social e histórica de los individuos "tal y como *realmente* son". Pero no se trata tampoco de una esencia humana como la que postula Feuerbach, o sea, como la abstracción de algo que está en todos y cada uno de los individuos. Por ello señala Marx: "La esencia humana no es algo abstracto e inmanente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales." (*Tesis [vi] sobre Feuerbach.*) Con esto nos advierte que no es en el individuo aislado donde podemos encontrar la



esencia humana sino en las relaciones sociales de las cuales él mismo es un producto. Al margen de esas relaciones, el individuo es una abstracción, y la esencia humana es tan abstracta como él. Ella no existe como atributo común de los individuos simplemente porque el individuo aislado no existe realmente; sólo puede descubrirse en el conjunto de las relaciones sociales que producen tanto la sociedad como el individuo.

El concepto de esencia humana no puede construirse, por tanto, sobre la base de los caracteres comunes a todos los individuos, sobre la base de las relaciones de los hombres con la naturaleza (producción, trabajo humano) y con otros hombres (relaciones sociales). La esencia humana de hombres abstractos —los individuos aislados— será siempre una esencia abstracta. Sólo las relaciones sociales hacen de los individuos hombres concretos, y sólo en ellas podemos hallar su esencia concreta. Pero, al señalar Marx que el hombre es un conjunto de relaciones sociales se establece el ámbito de su esencia, pero no su esencia misma; se afirma en rigor que ésta sólo se da socialmente. Ahora bien, dicha esencia, que sólo se da socialmente, es la práctica. El hombre es, esencialmente, un ser práctico; es decir, productor, creador. La producción funda y hace posible todo tipo de actividad humana, y determina, a su vez, la existencia de la sociedad en su conjunto y de cada individuo.

Vemos, pues, que si el hombre sólo tiene esencia como ser social, la tiene a su vez como ser social que produce; pero, al mismo tiempo, su producción —de una realidad objetiva y de sí mismo— se da en el tiempo, históricamente, lo que impide fijar la esencia social y práctica del hombre en una forma histórica y social determinada de su actividad. De este modo, desde *La ideología alemana*, el hombre queda definido esencialmente por su naturaleza social, productora (práctica) e histórica. O sea: el hombre es el ser que produce y se produce a sí mismo como ser social e histórico. Estas tres dimensiones esenciales, son inseparables; cada una entraña, necesariamente, a las otras dos. La unidad de la *praxis*, de la socialidad e historicidad del hombre, nos impide reducir exclusivamente su esencia a una de esas tres dimensiones; por ejemplo, al trabajo en general con independencia de las relaciones sociales concretas en que el hombre produce; a su socialidad, sin tomar en cuenta que el hombre, como ser productor, es el que produce históricamente las relaciones sociales y las formas de individualidad determinadas por ellas; o, finalmente, a su historicidad dando a ésta un sentido absoluto (tesis historicista de "el hombre no tiene naturaleza, sino historia"), olvidando que sólo un ser que produce puede tener historia, y que ésta es la obra de los hombres como seres prácticos. En suma, ni la esencia humana se disuelve en la historia, ni puede concebirse tampoco en un sentido sustancialista como algo inmutable a lo largo de ella. La esencia práctica y social del hombre es, por tanto, histórica. No se agota, por ello, en ninguna de las formas concretas de su existencia social e individual.



¿Cuál es el destino ulterior del concepto de esencia humana en una obra tan representativa del pensamiento de la madurez de Marx como *El capital*? El fin último de esa obra es —como dice su autor— “descubrir la ley económica que preside el movimiento de la sociedad moderna”. En definitiva, se trata de poner al descubierto el carácter social, humano, de las relaciones que los hombres contraen dentro de una estructura social que determina el que esas relaciones aparezcan como relaciones entre cosas. No hay aquí lugar para una problemática de la esencia humana del tipo de la abordada en los *Manuscritos de 1844* puesto que —desde *La ideología alemana* y las *Tesis sobre Feuerbach*— ha quedado ya rechazada. Sin embargo, el concepto de esencia del hombre como ser productor, social e histórico, cuyas bases teóricas se sentaron en dichas obras juveniles no sólo no es rechazada en *El capital* sino que es supuesta siempre, reconocida a veces e incluso presentada explícitamente. Cierto es que Marx no emplea ya la expresión “esencia humana” (tan cargada de resonancias especulativas y metafísicas) y que prefiere hablar de la “naturaleza humana en general”, pero el contenido conceptual de una y otra expresión es el mismo: aquello por lo que el hombre se produce y mantiene social e históricamente como tal, es decir, la *praxis*. Así refiriéndose al utilitarista inglés Bentham quien eleva un modo particular de ser hombre (el del tendero o filisteo inglés) a la categoría de naturaleza humana, Marx señala el carácter cambiante de ésta, y por tanto subraya la necesidad de ver cómo ésta naturaleza humana, en general, se particulariza históricamente. Marx no hace sino subrayar lo que ha ya puesto de relieve en obras anteriores: que el hombre tiene una naturaleza universal (o esencial) y que ella, a diferencia de la del animal, es histórica.

En *El capital* se pone de manifiesto asimismo lo que significa el trabajo como dimensión esencial y universal del hombre. Desde los *Manuscritos de 1844* y *La ideología alemana*; Marx define al hombre por el trabajo y como producto de su propio trabajo (ser que produce y que al producir se produce a sí mismo). Ahora, en *El capital*, dedica algunas páginas al trabajo en general, independientemente de las formas concretas que adopta en unas relaciones sociales dadas como las que contraen el obrero y el capitalista; analiza, pues, el trabajo como elemento determinante de la naturaleza humana en general: como “proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso en que éste realiza, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza... y a la par que de ese modo actúa sobre la naturaleza exterior a él y la transforma, transforma su propia naturaleza.”

Marx pone de relieve igualmente lo que hace del trabajo una actividad no sólo esencial y universal del hombre, sino también una actividad específicamente humana: a diferencia del animal, el hombre, antes de producir materialmente, proyecta, o sea, produce idealmente. Así, pues, el hombre se define por el trabajo, pero sólo trabaja humanamente cuando transforma una

materia realizando en ella su fin. El proceso de trabajo es considerado también —en cuanto actividad humana universal— por sus factores simples: “La actividad adecuada a un fin, o sea, el propio trabajo, su objeto y sus medios.” Por último, Marx subraya su esencialidad y generalidad humanas en estos términos: es “la condición natural eterna de la vida humana, y por tanto, independiente de las formas y modalidades de esta vida y común a todas las formas sociales por igual.”

Ahora bien, ¿qué alcance tienen las páginas de *El capital* en



que se analiza el trabajo humano en general con referencia tácita a la esencia humana o explícita a la naturaleza humana universal? Es evidente que Marx no pretende buscar en la esencia humana el fundamento teórico de la formación social capitalista; no trata de explicar dicha formación por el Hombre. Su explicación la busca en la formación social misma; es en ella donde hay que buscar, en efecto, tras las apariencias que ocultan las verdaderas relaciones humanas, la ley fundamental que rige la estructura social capitalista. Y éste y no otro es el verdadero objetivo de *El capital*. Aunque se hable a veces del hombre, de la naturaleza humana y del trabajo en general, en esta obra se trata ante todo del obrero y del capitalista, del trabajo en las condiciones peculiares del modo de producción capitalista así como de las relaciones sociales que los hombres contraen en el marco de una estructura social concreta. Las referencias a la naturaleza humana y al trabajo en general (al comienzo de la sección III del tomo I) responden como subraya Marx a una necesidad metódica; por ello deja paso inmediatamente a los conceptos y categorías necesarios para explicar lo que constituye la verdadera tarea de la sección a que pertenecen dichas páginas: la producción de plusvalía.

Al afirmar que “el carácter general del proceso de trabajo no varía” y que es “una condición natural eterna de la vida humana”, Marx permanece —aunque transitoriamente— en la problemática, aparentemente antropológica, de la esencia humana. Y mientras permanece en ella no necesita presentar al trabajador —como él mismo reconoce— en sus relaciones con otros. Pero en esa órbita gira poco tiempo; en primer lugar, porque la esencia del hombre —como él mismo recuerda al referirse a Bentham— es histórica; es decir, en realidad, no existen la naturaleza humana ni el trabajo al margen de las formas concretas que adoptan en una sociedad dada. Por esta razón, en el breve análisis del trabajo en general que precede al de su forma social específica bajo el capitalismo, sólo por exigencias de la exposición pone entre paréntesis una de las formas concretas en que se manifiesta. Las referencias a la naturaleza humana universal y al trabajo en general son en *El capital* el supuesto o punto de partida necesarios para pasar a la explicación de una estructura social dada, con sus relaciones sociales (humanas) y con su trabajo específico.

De todo lo anterior cabe extraer estas dos consecuencias:
1a. La idea de una esencia humana —como la que se acepta en *El capital*— así como la del trabajo en general en cuanto elemento determinante de ella, no entraña en modo alguno, por parte de Marx, una recaída en una “filosofía del hombre” que justifique una concepción especulativa o antropológica del trabajo y de las relaciones sociales. Ello significaría olvidar el objetivo fundamental de la obra, claramente expresado por Marx y, científicamente, cumplido.

2a. El hecho de que Marx, de acuerdo con ese objetivo fundamental estudie, dentro de una estructura social dada, el

trabajo humano, las relaciones sociales (cosificadas) y los hombres que son determinados por ellas, sin deducir todo ello de la naturaleza humana en general, lejos de excluir la idea de una esencia humana la supone. Por esto, Marx ha juzgado necesario referirse en *El capital*, anudando hilos que vienen de sus trabajos de juventud, a la naturaleza universal del hombre como ser trabajador (práctico), social e histórico.

